

CAPÍTULO III

El Génesis

OBSERVACIONES (1)

SOBRE LOS VERS. 1 Y 2 DEL CAP. I.

- 1 *In principio creavit Deus cælum et terram.*
- 2 *Terram autem erat inanis et vacua, et tenebræ erant super faciem abyssi: et Spiritus Dei ferebatur super aquas.*

1 En el principio crió Dios el cielo y la tierra.
2 Y la tierra estaba desnuda y vacía, y las nieblas estaban sobre la haz del abismo; y el Espíritu de Dios era llevado sobre las aguas.

I

Que el universo fué sacado de la nada por un Dios infinitamente bueno, el cual, existiendo por sí mismo, es la primera causa de todas las cosas, es una verdad que con las luces de la razón se prueba bastante, aun cuando no recurramos á las de la revelación. En vano los antiguos y modernos ateos han sostenido constantemente que el poder infinito ni aun es capaz de criar la materia, y que suponer en él semejante capacidad, es punto sujeto á gravísimas dificultades. En vano han dicho, por ejemplo, que no tenemos idea alguna de cómo lo que era *nada* en la eternidad, ha podido recibir el *ser*; añadiendo á esto que es una contradicción pensar que el mundo ha sido criado en el tiempo, en cuyo caso, dicen, le separaría de la eternidad un sólo punto indivisible, el cual no distinguiría bastante al Sér eterno de una producción temporal. Semejantes dificultades, es preciso confesarlo, sólo proceden de lo limitado de nuestro entendimiento, el cual no puede formar ideas distintas de la

(1) *Vindicacion de la Santa Biblia*, por el abate Du-Clot.

creación y de la eternidad; mas no se fundan en la imposibilidad de la cosa en sí misma. Y en efecto; ¿qué contradicción hay en que se diga que una cosa que antes no era, luego fué? La verdadera idea de la Creación no consiste en pensar que fué hecha de la *nada*, como si esta *nada* fuese un sér material, sino en que la tal cosa pasó de *no ser á ser*. No decimos que ella con la *nada*, ó por medio de la *nada*, paso de la *nada* al *ser*. Semejante tránsito fuera imposible sin la acción de una primera causa, de un Sér infinito, el cual en su propia fecundidad encierra el poder de criar; y en esto ciertamente no hay más contradicción que en el tránsito de una cosa á la forma que antes no tenía.

Los que niegan á Dios el poder de criar la materia, han de recurrir á una de dos suposiciones, á saber: ó á que la materia existe desde la eternidad como un sujeto pasivo de todas las operaciones de Dios, ó á que ella es sola el sér que existe por sí mismo y por su propia virtud; pero ambas suposiciones conducen á las impiedades más extravagantes. La primera establece *dos séres* existentes por sí mismos, lo cual es una contradicción palpable; pues, en efecto, si la materia es eterna, y con una existencia propia y esencial, ¿cómo podrá concebirse que Dios pudiese obrar en ella, cuando ninguna de sus partículas sería capaz de recibir ni comunicar cosa alguna, ó de perderla ó adquirirla, puesto que así en ella como en sus partes todo sería esencialmente necesario? Tendría ella en sí misma la causa y la necesidad de su ser. Por sí misma sería cuanto puede ser, y jamás sería ni más ni menos, ni de otro modo de como es. Y si se dice, que aunque eter-



na, no por eso lo sería de sí misma y por su propia virtud, preguntaremos: ¿qué viene á ser esa materia eterna que existe por una causa distinta de ella misma, no teniendo por consiguiente de su propio fondo la existencia ni la manera de existir, y eso sin ser cosa criada? ¿No es bien claro, en esta suposición, que los que no quieren admitir la creación *en el tiempo*, se ven precisados por sus propios principios á admitirla *en la eternidad*? Mas ¿qué implicación tan palpable, suponer en la eternidad la producción de una cosa ya producida!

Sin embargo, sobre este absurdo se funda una de las grandes objeciones de los deístas: «Los que conocen la naturaleza, dice uno de ellos, y tienen una idea racional de Dios, ¿podrán comprender que la materia y todo lo criado no tiene más que seis mil años? ¿Qué dios ha diferido por toda la eternidad sus obras sin usar de su poder criador sino desde ayer? ¿Fué esto porque no pudo, ó porque no quiso? Mas si no pudo en un tiempo, tampoco en otro. Luego será porque no quiso. Pero como en Dios no hay sucesión, si admitimos que ha querido una cosa una vez, precisamente la ha de haber querido siempre y desde el principio.»

Nosotros decimos que si Dios no ha criado la materia desde la eternidad, no es porque no haya querido, ó no haya podido, sino porque este soberano Sér quiso desde la eternidad que la materia no fuese sino en el tiempo en que ha sido. El poder de criar la materia es eterno en Dios; lo es igualmente el decreto de criarla; mas no lo es la ejecución de este decreto. El decreto está en Dios, es un acto de su voluntad, es Dios mismo que quiere criar la materia, no antes ni despues, sino precisamente en el tiempo en que le plugo criarla. Y como en Dios no hay sucesión, admitido una vez este decreto en él, es indudable que le tiene desde la eternidad. Mas la ejecución de este decreto es una operación cuyo término es la producción de un efecto que está fuera de Dios, y no podrá decirse que admitida una vez la ejecución del decreto de criar la materia, es consiguiente que semejante ejecución se esté verificando desde toda la eternidad. La voluntad

eterna de Dios ha sido que este decreto no se ejecute y cumpla sino cuando le plugo que se ejecutara. Si el sofisma de nuestro deísta probase algo, igualmente probaría que *nuestro deísta existe desde la eternidad*; pues Dios desde la eternidad tiene decretada su existencia, y por un decreto de su eterna y oculta permisión, aunque indudablemente justa, le sufre semejantes sofismas. Porque ¿qué razón hay para que no existiera desde la eternidad nuestro hombre? ¿Es acaso porque Dios no pudo ó porque no quiso? Mas si en un tiempo no pudo, tampoco pudo en otro; luego será porque no quiso. Mas como en Dios no hay sucesión, si se admite que una vez ha querido, preciso será que lo haya querido siempre, y desde la eternidad. Y hé aquí probada la existencia eterna de este sofista con su mismo argumento y con sus mismas palabras.

Tomemos de nuevo nuestro primer argumento, y pasemos á la otra suposición. Si se pretende que la materia sola es el sér que existe por sí mismo, necesariamente se supone que es imposible concebirla como no existente, ó como existente de otro modo cualquiera, distinto del que ahora tiene; lo cual repugna juntamente á la razón y al buen sentido. Porque ó bien consideremos la forma que nos presenta el mundo en sí mismo y la disposición y movimiento de sus partes, ó bien la materia en sí y sin respecto á su forma actual; cuanto aquí vemos, el todo y cada una de sus partes, su situación y su movimiento, la forma igualmente que la materia, todo es sumamente contingente sin la menor correlación ni sombra de semejanza con un sér esencialmente necesario. Digamos con más exactitud: si sola la materia es el sér existente por sí mismo, ha debido hallarse desde la eternidad ó en movimiento ó en quietud. Si su situación ha sido la de una quietud eterna, ¿la tenía de suyo y por la condición de su propio ser? En este caso fuérale esencial el estado de quietud, é imposible el de movimiento. ¿La tenía por el influjo ó acción de alguna causa exterior? En este segundo caso, es claro que la materia sería indiferente por su naturaleza al movimiento ó á la quietud. Y pues salió de su quietud y la vemos en



movimiento, consta que hubo, y debió haberla, una causa productora del movimiento en la materia. Mas si se nos dice, por el contrario, que la materia se halla eternamente en movimiento, haremos la misma pregunta: este movimiento ¿le tiene ella de suyo y por sí misma? Luego le es esencial; y en este caso, sería manifiesta contradicción el suponer en quietud alguna porción de materia (contra su condición esencial), ó que haya habido jamás menor ó mayor movimiento del que hoy se halla en el universo, puesto que como esencial á la materia, debería ser invariable en sus grados, en su fuerza y hasta en sus direcciones. ¡Triste absurdo y conocida ridiculez, admitir un eterno movimiento esencial á la materia!... Mas si se nos dice que este movimiento procede de otra causa; hé aquí, pues, por lo ménos que el movimiento ha sido criado en ello y por una fuerza creadora que le es extraña; luego no es ella sola el sér que existe por sí mismo... Finalmente, dirán que sin alguna necesidad y sin alguna causa externa, ha existido el movimiento desde la eternidad por una comunicación sucesiva sin fin; y esta es igualmente una manifiesta contradicción; porque una sucesión de séres puramente dependientes, sin alguna causa primitiva, es una série de séres que ni tiene necesidad, ni causa ni razón alguna de su existencia, ni en sí misma, ni fuera de sí; es decir, una série imposible. Un incrédulo moderno ha pretendido probar que el movimiento, esto es, el *esfuerzo* para moverse, es esencial á la materia; mas lo absurdo de esta aserción salta á la vista con esta sola reflexión. El *esfuerzo* para moverse en cualquiera partícula de la materia, debe dirigirse hácia cierto y determinado lado, ó hácia todos los lados á un mismo tiempo. Para lo primero, no puede ser esencial el *esfuerzo* á ninguna partícula de materia, sino que le debe venir de una causa exterior que le determine, pues no hay necesidad alguna en la naturaleza de una partícula para que necesaria y esencialmente dirija el movimiento más bien á un lado que á otro. Y con respecto á lo segundo, un *esfuerzo* al movimiento igual hácia todos lados y á un mismo tiempo, ó es una formal contradicción, ó no

puede producir otra cosa que una eterna quietud en todas las partes de la materia.

Un ateo se figura haber demostrado evidentemente que *la materia se mueve por sí misma*, pues habia probado que la carne de los animales de menor traspiración palpita algunos minutos despues de su muerte. Esto es como si dijese que el mar se mueve por sí mismo cuando despues de un viento récio permanece algun tiempo en agitación. Mas si este extraño racionador creia haber demostrado por este medio con evidencia que *la materia se mueve por sí misma*, ¿cómo es que poco despues pide: *concedaseme que la materia organizada está dotada de un principio motor?* ¿No muestra con esta su petición su poco amor á la verdad y la imposibilidad absoluta en que se hallan todos los materialistas de probar el movimiento esencial de la materia? «Este es, sin embargo, el gran principio sobre el cual establece su impiedad y su ateísmo el autor de *la Teología desenmascarada*, que poco tiempo hace tradujo al español una pluma que tuvo el forzado rubor para no osar discutirse.»

Para discurrir, pues, con alguna sabiduría sobre la producción del mundo, debemos considerar á Dios como á un autor de la materia y como su primer motor. El que rehuse admitir la Creación, á cualquiera lado que se vuelva, se perderá en un laberinto infinito de absurdos y contradicciones.

Y ¿no es esto lo que ha sucedido á todos estos filósofos antiguos y modernos en sus varias opiniones sobre el origen del mundo? Unos han supuesto que la materia es eterna, y desde la eternidad, dividida en infinitas partículas pequeñísimas, las cuales volaban con perpétuo movimiento en un espacio vacío é infinitamente extenso, hasta que despues de infinitos choques y ensayos (sin ningun designio y sin mediar ningun sér inteligente y sábio), por una venturosa casualidad, se unieron tan bien unas con otras, que vino á resultar de ello, sin otra gestión, este hermoso orden y esta maravillosa regularidad que vemos en el mundo. La tierra, hallándose entonces en todo su vigor y fecundidad, produjo en aquel principio hombres



y animales, así como ahora arroja de su seno las plantas.

¿Qué juicio se debe formar de semejante discurso? ¿Hay cosa más fuera de toda razón, que atribuir al *acaso* una producción que por donde quiera que se la mira presenta los caracteres de un designio lleno de sabiduría y de un plan formado con muchísimo arte? ¿Se ha visto jamás que el *acaso* haya producido una obra de mérito, en la cual se encuentren diferentes partes dispuestas con orden y regularidad? ¿Qué hombre, arrojando descuidadamente sobre el lienzo varios colores, ha retratado jamás al natural á otro hombre? Y al *acaso* ¿le será más fácil formar los hombres que retratarlos? Si veinte mil ciegos partiesen sin guía que los condujese de diferentes puntos de una gran nación, ¿sería posible que despues de varias revueltas, y sin tener designio, viniesen á reunirse en una gran llanura, puestos en fila y en orden de batalla? Pues esto sería más fácil de concebir, que el que una infinidad de partículas de la materia, ciegas y sin razón, hayan venido de suyo á juntarse para formar con su reunión este maravilloso mundo. Al ver un edificio magnífico, ricamente trabajado, y edificado con primor y segun las más exactas reglas, ¿osaríamos decir, que un cierto día, repentinamente, sin haber intervenido en su formación ni plan ni mano de hombre, y solamente por un *acaso*, se hallaron perfectamente colocadas todas las piedras que le componen, con todos los mármoles, argamasa, armadura, plomo, hierro y cristales primorosos que le adornan, y todas sus piezas bien y oportunamente distribuidas, segun los varios usos á que debían servir? ¿Qué juicio formaríamos del que esto dijese? A hacerle justicia, ¿no le tendríamos por un loco? Y ¿sería asimismo posible que arrojadas por el suelo una multitud de letras, viniesen por acaso á combinarse tan perfectamente, que resultase de su colocación, ó la *Iliada* de Homero, ó la *Eneida* de Virgilio, ó si se quiere, la *Henriada* de Voltaire?

Pero ¿discurren con mejor razón otros ateos de nuestros días? El autor del *Sistema de la naturaleza*, el cual en este punto ha copiado á Spinoza, sustituyendo al *acaso* la *necesidad*,

¿ha podido rehabilitar mejor el ateísmo? ¿ha inventado tal vez alguna cosa nueva? Strabon, Demócrito, Epicuro, Lucrecio, ¿no pretendieron igualmente que el concurso casual de los átomos habia sido *necesario*? Ni era posible que lo entendiesen de otro modo, puesto que, segun ellos, ninguna causa inteligente habia intervenido en este concurso. Excluida esta causa, decían que el mundo habia sido formado por *acaso*; pues hablan como de ordinario hablan los hombres, los cuales acostumbran llamar *acaso* ó casualidad á todo lo que es independiente de un plan, un fin y sus medios. El que no quiera reconocerlos en la formación del mundo, en vano dirá que ella es un *efecto necesario de causas que nos son desconocidas, pero que obran necesariamente*; pues con toda esta monserga de palabras y metafísica á nadie engañará. Los que piensen con algun juicio y profundidad, jamás admitirán esa necesidad natural, que tan *gratuita y falsamente* se supone donde ni existe ni puede existir. Siempre subirán á una primera causa que no reconoce otra que le sea superior, y que pone en acción y movimiento á las demás causas. Y acomodando su modo de hablar á la comun inteligencia de los hombres, dirán como los antiguos, que una *ciega necesidad* no es más que un *verdadero acaso*.

Nuestro siglo ha producido otra clase de filósofos sistemáticos, que avergonzados de los absurdos que han escrito en todo género, se han lisonjeado de oponer á la revelación armas poderosas por medio de las leyes de la física. Nos han hecho *historias físicas del sol*, *historias físicas de los montes*, *historias físicas de la tierra*; y todas estas *historias* no son otra cosa que sistemas antimosáicos y antireligiosos. No acumulan, como los gigantes, montes sobre montes para escalar el cielo y destronar á Júpiter; pero amontonan siglos y más siglos para la formación de un solo monte, y para destronar al Omnipotente, que en seis días crió el sol, la tierra y los montes. Es verdad que algunos de estos filósofos sistemáticos pretenden conciliar sus ideas con nuestros libros sagrados. Pero además de que algunos tienen por una mera burla los esfuerzos que para esto hacen, y por una simple precaución para evitar las censuras de



los teólogos, ¡cuán pequeño aparece en sus lecciones el Dios que nos anuncian! ¡cuán débiles los medios de que se sirve para sus obras! ¡cuán lentas sus operaciones! ¡cuán oscurecida su omnipotencia! ¡Qué! este soberano Sér crió el universo; ¿cómo, pues, tendrá necesidad de siglos y más siglos para que el movimiento vaya ordenando sus obras y dando cumplimiento á sus designios? ¿habrá menester tiempos y más tiempos para dar forma á los cielos, á la tierra, al Océano, y para que á fuerza del impulso vayan saliendo la luz, las plantas, los animales? Dios quiere poblar la tierra y darla por rey al hombre; ¿y la dejará por millares de años hecha presa de un fuego que la devora? ¿con siglos de inundacion preparará la habitacion del hombre? ¿habrá dejado que estos trascurren en gran número desde que fueron producidos los animales, hasta que la tierra le pudiera dar adoradores? Semejante y aun igual á un artista cuyas obras dependen del tiempo y de los medios, ¿habrá tenido que invocar sucesivamente la accion de los elementos para llevar al cabo las suyas? ¿esta es la majestuosidad? ¡Ah! mucho más sublime y más digna del inmenso Sér la formó el que decía: *El dijo, y fueron hechas las cosas; él mandó, y fueron criadas.*

Y no se nos diga que nuestros Sagrados Libros parecen anunciarnos tambien á Dios, como que há menester tiempo para sus obras, puesto que, segun ellos, pasaron seis dias para consumir la de la Creacion. Porque ¿quién no ve que si se suspendieron los efectos, no fué sino porque á Dios le plugo dar sus órdenes y pronunciar su creadora palabra con esta misma suspension? Aquí no se dividen las obras sino para multiplicar las maravillas y exponerlas, segun parece, á la contemplacion de los hombres de un modo proporcionado á su inteligencia, y para que sirviesen de regla á sus trabajos. Cuando el Dios de Moisés dice: *Sea hecha la luz, descubrase la seca*, esto es, aparezca la tierra; la luz fué hecha y apareció la tierra. Este Dios omnipotente no necesita de dias ni de tiempos, puede en un instante quererlo y hacerlo todo.

Finalmente, ¿qué no podríamos decir aún de tantos sistemas, unos más extravagantes que otros, imaginados por los supuestos sábios de nuestro siglo, los cuales no quieren someter á la fe sus entendimientos? Se han constituido á sí mismos en arquitectos de la tierra y de los cielos, y en arregladores del Universo. De aquí tantas hipótesis ridículas y absurdas, desmentidas por todas las leyes de la naturaleza; de aquí las caidas y los choques de los astros vagamundos; los montes cristalizados ó digeridos por ostras; los océanos de vidrio y cristal derretidos; los astros que devanan la tierra; esos mundos formados con el más pequeño punto de materia. De aquí los prototipos, padres del elefante y del raton; los hombres engendrados en el seno del mar; los huevos de la tierra fomentados por el sol; de aquí, en fin, mil ineptias físicas, divulgadas con tanta énfasis y seguridad por nuestros filósofos sistemáticos, y adoptadas inconsideradamente por los ignorantes crédulos.

Mas lo que ciertamente causa gran asombro en este particular, es el que se haya hecho costumbre de mirar como grandes ingenios á los autores de todos estos absurdos. No se quiere conocer cuánto se parecen á aquel miserable, que viendo por primera vez un reloj, se ocupase años enteros en averiguar cómo este reloj se hizo á sí mismo. Este miserable nos haría cien raciocinios tan ridículos unos como otros. Nos hablaria de la energía de aquella máquina, de su simpatía, de su coordinacion relativa á las horas, del resultado de sus ruedas, que elaboran y combinan otras ruedas, otros cuadrantes, otros relojes. Llenaria un gran volumen de sus ideas, y se tendria por un hombre de ingenio. Sin embargo, ¿qué se inferiria de su largo y penoso trabajo, sino cuán corto es su entendimiento, que despues de tantos años no llega á conocer lo que el buen sentido nos enseña á primera vista? Ora sea falta de conocimiento, ora más bien sea obstinacion, no llegaria á concebir (antes se cegaria que confesarlo) que su reloj supone un artista, un operario superior á la máquina y de una naturaleza diferente. Convendremos en que este raciocinador podrá ser tal vez un hombre



II

Volvamos otra vez á la historia de la Creacion, anunciada por Moisés con tanta majestad en los primeros versículos del Génesis, pero indignamente desfigurados por el patriarca de los incrédulos. Hé aquí la traduccion de este impio: *Al principio los dioses hizo el cielo y la tierra: la tierra era tolm, bolm.*

Es verdad que la palabra hebrea *Elohim*, traducida *Deus* en latin, está en plural, mas no por eso deja de significar el singular. Todas las páginas del Antiguo Testamento dan este nombre al Dios de los hebreos, aun en aquellos lugares donde se declara que es *único*, solo, y que no hay otro Dios sino él. Véase entre otros muchos, el cap. IV del *Deuteronom.*, v. 39, que traducido del hebreo, con el cual está conforme la Vulgata, dice así literalmente: *Conoce pues hoy, y piensa en tu corazon, que el Señor (Jehovah) el mismo es Dios (Elohim) arriba en el cielo, y abajo en la tierra, y que no hay otro. Lo mismo se expresa en el v. 35, donde se añade con mayor expresion: y no hay otro sino él.* Y no es esta la sola palabra que, estando en plural, se debe entender en singular. Entre otras, se nos ofrece en el mismo Génesis, cap. XLII, versículo 30, la palabra *Adodai* (que es el plural *Adonim* puesto en régimen) aplicada á José, llamándole *Señor de la tierra*. En fin, el verbo *barah*, crió, que está en singular, determina la significacion de *Elohim*, y por consiguiente la traduccion no deberá ser *los dioses*, sino *Dios crió*; y decimos *crió*, y no *hizo*, como traduce Voltaire, ya porque así lo exige la obra de un Dios criador que Moisés aquí nos describe, como porque no más lejos que en el v. 2, del cap. II del Génesis, nos hallamos, y se halla tambien el traductor impio, con una expresion que claramente le manifiesta la distincion de significaciones que corresponden á las palabras *crió* ó *hizo*. Esta es la letra del Hebreo: *Y bendijo Dios al dia sétimo y santificólo, porque en él reposó de toda su obra, que crió (barah) Dios, para hacer (lanjsot).* Dios, pues, la *crió* sacándola de la nada, *barah*, para formarla y ordenarla (*lanjsot*).

Era la tierra *tolm, bolm*, es decir, segun lo

de ingenio; pero ¿tendrá ni siquiera sombra de buen sentido? Y ¿no tenemos en él una fiel imágen de todos los filósofos incrédulos y sistemáticos? Sí; estos hombres tan altivos, que desechan la revelacion porque encuentran en ella alguna oscuridad, abrazan con un fanatismo inconcebible las quimeras, las contradicciones y los imposibles más evidentes. Tratan de error y preocupaciones los principios mirados por los hombres más ilustrados y sábios de todos los tiempos y países, como conformes á las luces de la razon, los silban, los desechan; y en su lugar establecen los sistemas más trastornadores y monstruosos, los cuales será imposible que admita hombre alguno que no tenga en su alma una gran dosis de la más estúpida credulidad. Finalmente, devoran los misterios más absurdos, mil veces más incomprensibles que los de la religion que desestiman.

Un filósofo moderno, J. J. Rousseau, ha formado de los demás filósofos, sus hermanos, el mismo juicio que nosotros. «Cuando acalladas las pasiones (dice él) comparo los varios sistemas de religion que tienen dividido al mundo, hallo que el de la revelacion es el más sencillo y racional, y que para reunir en su favor todos los votos, sólo le falta el que hubiese sido propuesto despues de todos los otros. Porque, en efecto, yo supongo que hoy día nuestros pretendidos filósofos han agotado ya sus extravagantes sistemas de fuerzas, de acasos, de fatalidades, de necesidad, de átomos, de mundo animado, de materia viviente; en fin, de materialismo de todas especies. Si, pues, ahora se levantara uno de nosotros, el cual, proponiéndose ilustrar al mundo, anunciase por primera vez al Sér de todos los séres, al dador y dispensador de todas las cosas, y clamase: *Dios dijo, y todo fué hecho*, qué admiracion tan universal no causaria! qué aplauso tan unánime no recibiria un sistema tan grande, tan sublime, tan consolador, tan capaz de elevar el alma y de dar un apoyo seguro á la virtud! ¡un sistema que al humano entendimiento ofrece ménos cosas incomprensibles, que absurdos le ofrecen los demás sistemas!»



explica nuestro crítico incrédulo, *de arriba abajo*. Ante todas cosas, adviértase cómo, á pesar de sus alardes de hebraizante, no sabe ni aun leer el hebreo, en el cual no se hallan los extraños términos que él trascribe, sino *tóhu, vabóhu*, con los cuales se nos representa la tierra *vacía* absolutamente de todo cuanto luego formó su adorno y belleza, y el estado *informe* en que la dejó Dios *al sacarla de la nada*, para luego *hacer* en ella las maravillas que Moisés va á referir. Voltaire, por consiguiente, tampoco ha entendido la significacion de las palabras del texto, en la cual están concordes sustancialmente con la Vulgata las demás traducciones antiguas y modernas. Y si no hubiera escrito para captarse el aura de las gentes superficiales é incapaces de profundizar, no hubiera comparado la expresion de Moisés con el *Chan-Ereb* de Sanconiaton, que segun Filon Biblio, su traductor, era una materia cenagosa y cubierta de niebla, y se hubiera abstenido de anunciarnos á Sanconiaton como un escritor *incontestablemente más antiguo que Moisés*, lo cual queda ya refutado en nuestras *observaciones preliminares*.

III

SOBRE EL VERS. 4 DEL CAP. I

4. *Et vidit Deus lucem quod esset bono: Et divisit lucem a tenebris.*

4. Y vió Dios la luz que era buena: Y separó á la luz de las tinieblas.

Pareció mal á los maniqueos que Moisés refiriese la creacion de la luz antes que la del sol, y que hablase de un dia con su tarde y su mañana, cuando aún no existia este astro. Los incrédulos modernos, cuya ciencia por la mayor parte consiste en copiar á los antiguos, han repetido muchas veces que Moisés se conformó en este punto con la opinion popular, segun la cual, la luz no viene del sol, sino que es cuerpo flúido distinto de él.

Muy poco juiciosa es semejante censura. Para que hubiese un dia con su tarde y mañana, bastaba que existiese un fuego ú otra cualquiera materia luminosa que diese vuelta en rededor de la tierra, ó la tierra en rededor de ella, ó más bien en su propio eje. Moisés, pues, nos enseña que Dios crió esa materia, de la

cual probablemente se formaron tres dias, despues el sol y las estrellas.

Creer que la luz es un flúido distinto del sol, no es una opinion popular, sino un sistema de fisica defendido por los antiguos, renovado por Descartes, y adoptado por un gran número de físicos, más instruidos que el jefe de los incrédulos. Cuando en un lugar oscuro chocan dos pedernales uno con otro, las chispas luminosas que aparecen, sin duda no proceden del sol: «Pasamos en silencio la opinion muy reciente de los que piensan que la luz no es otra cosa que la excitacion del calórico de nuestra atmósfera hasta cierto grado por la impresion del sol, sin que aquella tenga procedencia de este por ninguna manera de efluvios, sino que toda su materia la tenemos en derredor de nuestro glóbo.» Pero en la realidad, Moisés nada dice que favorezca ó destruya ninguna de estas opiniones, pues habla simplemente de un cuerpo ó materia luminosa que distinguió una tarde y una mañana, y por consiguiente produjo un dia.

No está más bien fundada otra observacion de Voltaire sobre el mismo versículo: «*Racach*, dice él, dándonos una nueva prueba de que no sabia leer, significa *el sólido, el firme, el firmamento*; todos los antiguos creyeron que los cielos eran sólidos.»

En el texto se lee *Rakianj*, que significa *expansion ó extension*, palabra aplicada con mucha propiedad á la atmósfera, donde las nubes se sostienen como sobre un *firmamento* y sosten de ellas; ó al inmenso espacio por donde tienen su giro los planetas y donde residen los astros. En todo lo cual nada se trasluce por donde creer que Moisés admitió *los cielos sólidos ó de cristal*, como se lo atribuye Voltaire. Estos nombres no fueron conocidos sino por filósofos que vivieron mil ó mil quinientos años despues de Moisés.

IV

SOBRE EL VERS. 16 DEL CAP. I

16 *Fecitque Deus duo luminaria magna: luminare majus, ut præset diei; et luminare minus, ut præset nocti; et stellas.*

16 É hizo Dios dos grandes lumbreras: la lumbrera mayor, para que presidiese al dia; y la lum-



brera menor, para que presidiese á la noche; y las estrellas.

Pretenden los incrédulos que nuestros sagrados libros hormiguean en errores. En el versículo 16 del cap. I del Génesis, se dice que Dios crió dos grandes lumbreras, el sol y la luna, para que el uno presidiese al dia y la otra á la noche; y que asimismo crió las estrellas. Supone, pues (dicen), la Escritura, que la luna es un astro, y mayor que las estrellas, aunque en la realidad no es sino un cuerpo opaco, sin otra luz que la que refleja recibida del sol. Se dice tambien en el Eclesiástico que el sol se levanta y pone, y que sube al lugar de donde habia partido, etc.; sin embargo, nos consta que la tierra es la que gira en rededor del sol, como planeta suyo. «Los físicos, dice Voltaire, hallan dificultad en explicar cómo el sol, que no anda, detuvo su carrera segun se describe en el libro de Josué.» Finalmente, los hebreos, con todas las demás naciones, creían, segun este impío, fija é inmovible á la tierra, más larga de Oriente á Occidente que de Mediodía á Norte; en esta opinion era imposible que hubiese antípodas, etc. Contestemos á todos estos puntos.

1.º Aunque el sol y la luna no sean los dos mayores cuerpos celestes, son sin embargo las dos mayores *lumbreras*; pues entre todos los cuerpos celestes, no hay otros que *alumbren* á la tierra tanto como estos.

2.º No Moisés, sino Lucrecio despues de su maestro Epicuro, fué el que dudó si la luna tenia luz propia ó refleja de la del sol. Pero Lucrecio y Epicuro son nombres muy respetables para nuestros filosofos, y sólo Moisés podía ser el objeto de sus juguetes y burlas. Este sagrado historiador tuvo razones muy justas para hablar sin énfasis de las estrellas y de los demás astros. La nécia admiracion del resplandor y del curso de estos cuerpos luminosos, ha dado ocasion al politeísmo é idolatría entre todas las naciones. Moisés, más sensato que los filósofos, ha hecho mirar á los astros únicamente como unos cuerpos destinados por el Criador para el uso del hombre. Dice que el sol fué para presidir al dia, así como la luna y las estrellas para alumbrar de noche, cuando el sol

no aparece sobre la mansion del hombre. Lo mismo repite en el *Deuteron.*, IV, 19, para quitar á los israelitas toda tentacion de adorar á estos cuerpos inanimados.

3.º Es falso asimismo que los escritores hebreos hayan formado de la tierra la idea que les supone el impío. Varias veces la designan con la palabra *Tébel*, la cual expresa *un globo, orbis*, y no esa larga figura de que habla el incrédulo. Por lo que toca á lo demás, importaba poquísimo á los hebreos saber si el sol ó la tierra era quien daba la vuelta al rededor del otro. Los escritores sagrados no trataron de proponer ningun sistema físico, sino únicamente de proporcionarse á la capacidad de aquellos á quienes hablaban, y así sobre las cosas naturales se explicaron segun ellas aparecen, pues el comun de los hombres no se gobierna en esta parte sino por el testimonio grosero de los sentidos. En todas las naciones y en todos los tiempos, los sábios y los ignorantes han hablado y hablan de las cosas naturales segun su apariencia. Hasta los delicados físicos de nuestros dias, aunque bien persuadidos de que el sol está inmovible en el centro de su sistema planetario, hablan de él como el vulgo: el sol sale, se pone, ha llegado al trópico de Cáncer, vuelve al de Capricornio. Saben muy bien que el lenguaje humano se arregla por lo que perciben los sentidos. Si los autores sagrados hubiesen hablado del sistema del mundo segun la verdad y exactitud filosófica, los pueblos no los hubieran entendido; antes bien los hubieran tratado como hombres poco dignos de fe, y se vieran tentados á desechar una revelacion que les venia por mano de personas que desmentian lo que ellos tenían por naturalmente indudable.

No acabariamos si quisiéramos refutar todas las sofisterías minuciosas y todas las objeciones frívolas y pueriles, que sin ningun discernimiento ni la más ligera sombra de razon, ha amontonado Voltaire contra la Sagrada Escritura. Por ejemplo: tiene por ridícula la expresion *crió Dios el cielo y la tierra*. «La tierra, dice él, no es más que un punto en comparacion del cielo, de manera que es como si dijésemos: *Dios crió los montes y un grano de*